

Consejos a los Jóvenes Economistas

Por Celso Furtado.

Economista brasileño. Ministro de Economía de Brasil.

Sobre los economistas convergen, desde todos los sectores, las preocupaciones más urgentes. El desarrollo económico, calificado como el problema de nuestro siglo, es materia de su especialidad. Las desigualdades entre los niveles de vida de los grupos de población y las disparidades entre los ritmos de crecimiento de los sistemas económicos, también son materia de la incumbencia del economista. Los grandes desequilibrios causantes de las tensiones político-sociales, ya sean aquellos originados por el desajuste entre el ahorro y la inversión, entre la oferta de bienes de consumo y el deseo de los consumidores de ejercer su poder de compra, entre la capacidad de pagar en el exterior y la propensión a importar, entre lo que la colectividad solicita del gobierno y la capacidad de pago de ese gobierno, entre el deseo de desarrollarse económicamente y la ansiedad de gastar de inmediato las disponibilidades, o ya sean aquellos de carácter más social, como los causados por el contraste entre los desperdicios visibles y las necesidades notorias no satisfechas; en fin, los desequilibrios que están en la raíz de los grandes problemas de nuestra época son de naturaleza económica o tienen una importante dimensión económica.

En el punto de convergencia de ese *maremagnum* de problemas, todos los cuales tienen el sello de urgencia, referidos a una realidad en rápida mutación que no puede ser fijada sino cuando ya dejó de ser para transformarse en estadísticas, en el centro de todo eso está el economista. ¿Estará él preparado para responder a ese desafío?

El joven aplicado e inteligente que hizo a conciencia su curso de economía habrá conseguido un conocimiento razonable de las múltiples dependencias de esa mansión señorial que es la teoría de los precios. Estará en condiciones de trazar caprichosos conjuntos de curvas de indiferencias y de discutir sobre la teoría del comportamiento del consumidor y del equilibrio de la firma a diferentes niveles de complejidad. Habrá dado muchas vueltas en torno de las teorías monetarias y

habrá hecho un arduo esfuerzo para descubrir las líneas de parentesco entre esas teorías y el cuerpo central de las teorías económicas. Conocerá muchas doctrinas sobre los ciclos económicos, aunque en lo íntimo esté convencido de que todas ellas dicen más o menos la misma cosa, o no dicen nada. Habrá construido algunos esquemas abstractos para determinar el punto de equilibrio de las balanzas de pagos. Habrá avanzado algo por los caminos imprevistos del modelo keynesiano y tal vez sepa combinar con elegancia el multiplicador y el acelerador. Finalmente habrá leído mucho, sin hacerlo en forma sistemática, sobre "desarrollo económico", aunque no haya encontrado una clara conexión entre esas lecturas y las buenas teorías aprendidas en los compendios.

Al enfrentarse con el mundo real, ese economista se siente, para sorpresa suya, enteramente frustrado. Si va a trabajar en una empresa privada advertirá inmediatamente que el análisis marginal está desprovisto de cualquier alcance práctico. Después de poco tiempo se habrá dado cuenta de que es mucho más importante comprender las limitaciones de naturaleza administrativa y las controversias de tipo fiscal que enmarañan la vida de una empresa, que conocer los caprichos más sutiles de la posición de equilibrio de una firma teórica. Para hacer un buen estudio de un mercado se necesita saber trabajar mucho más con la imaginación, a base de datos e informaciones indirectas que con las refinadas técnicas del análisis.

La desorientación será mayor todavía si el economista fuese designado para trabajar en el sector público. En este caso advertirá, en poco tiempo, que si todo lo que aprendió no es totalmente inútil, dejó de aprender casi todo lo que es realmente útil. Entonces, surge el problema de la postgraduación. La situación se podrá remediar si el economista ha recibido una base adecuada que lo capacite para complementar, mediante el propio esfuerzo, su preparación. Aquí está la clave de nuestro problema.

Para que pueda rectificarse y completarse su formación y desarrollarse a base de su propia experiencia, el economista debe tener una idea clara de lo que es la economía como ciencia. Debe saber que toda ciencia trabaja con esquemas conceptuales, pero elabora y prueba esos esquemas a base de la observación del mundo objetivo. En esta forma, lo fundamental en la formación del economista es que en él se haya desarrollado la aptitud de observación del mundo objetivo en forma sistemática. No debemos olvidar que la observación disciplinada de la realidad objetiva es mucho más difícil en economía que en la mayoría de las otras ciencias, dadas la gran complejidad y la permanente mutación de esa misma realidad. Como es impracticable captarla en toda

su complejidad, se vuelve indispensable destacar o abstraer aquello que la realidad económica tiene de más permanente, o que es más representativo en ella. Observar el mundo real es para el economista, en cierta forma, saber esquematizarlo o simplificarlo. En otras palabras, es saber reducir el comportamiento de los fenómenos reales a la integración de un número de variables suficientemente pequeño como para que podamos integrarlos en un esquema conceptual. Cuanto mayor es la simplificación, menor es el número de variables, más fácil será integrarlas en un esquema. En esta forma, toda teoría de elevado rigor, en economía, corresponde a una realidad abstracta en extremo, o muy simplificada. En materia de comercio internacional, por ejemplo, la teoría más rigurosa es aquella que se refiere a un mundo formado por dos países y a un intercambio en que sólo entran dos productos, etc.

Ahora bien, la gran dificultad que enfrenta el estudiante de economía en un país subdesarrollado es que las teorías que le enseñaron son exactamente aquellas que se basan en observaciones hechas mediante la máxima simplificación de un mundo real que, además, desde el punto de vista estructural, es fundamentalmente diferente de aquél en que él vive. Esas simplificaciones del mundo real muchas veces son dictadas por la mera conveniencia del uso de ciertas técnicas de análisis. No debemos olvidar que quien analiza la realidad adopta una técnica de análisis, técnica que existe previamente a la selección del objeto analizado. Y, una vez adoptada determinada técnica o método, es común, en economía, que la propia técnica, prestada a otra ciencia, pase a condicionar la marcha del esfuerzo de teorización. Por todos es conocida la influencia abrumadora que el cálculo infinitesimal ejerció sobre los economistas marginalistas, cuyos modelos de firma patrón, de consumidor típico, de equilibrio parcial, etc., llegaron a alejarse kilométricas distancias de la realidad, a fin de que el trabajo de teorización pudiese avanzar dentro de los caminos abiertos por el análisis diferencial e integral.

Peo no solamente el predominio de ciertas técnicas sofisticadas ha contribuido a alejar a nuestro economista del mundo real. El modo mismo como se presentan las teorías económicas en las facultades va contribuyendo para el alejamiento del estudiante. La verdadera forma de enseñar una ciencia consiste en presentar sus cuadros conceptuales como sistemas de hipótesis, cuya eficacia explicativa debe ser probada con respecto a una determinada realidad. Sin embargo, entre nosotros esa prueba raramente se hace en la enseñanza de la economía. Cuando mucho, se procura demostrar la consistencia lógica interna del sistema de hipótesis, partiendo de un conjunto de definiciones; pero raramente

se aborda el problema de su eficacia explicativa al respecto de una determinada realidad empírica. En otras palabras, pocas veces se pasa del campo de la doctrina al de la teoría.

Con todo, no se crea que sería tarea fácil dar ese paso decisivo del campo de las doctrinas (cuya prueba se realiza en el terreno de la lógica) al de las auténticas teorías científicas (cuya prueba reside en su eficacia explicativa) en un país subdesarrollado. La doctrina se refiere a un prototipo ideal, creado en nuestro espíritu, al paso que una teoría científica se relaciona con un dato del mundo real. Lo que ha ocurrido en economía es que una teoría, formulada para explicar determinada realidad con límites en el tiempo y en el espacio, es ordinariamente transformada en doctrinas de validez universal. Así, una teoría formulada para explicar el comportamiento de la balanza de pagos de un país como los Estados Unidos, al ser universalizada, se transforma en una mera doctrina, que puede servir para justificar determinadas políticas, mas no para explicar sin discriminación la realidad de cualquier país.

Las teorías económicas fallan así, por una doble debilidad.

La primera se deriva de que las hipótesis explicativas son formuladas con respecto al comportamiento de modelos demasiado simplificados, lo que en gran parte se debe a la aplicación de técnicas de análisis elaboradas para otro tipo de trabajo científico. Esa primera falla es de naturaleza universal y viene siendo superada a través de un gran esfuerzo hecho en el sentido de mejorar la base de observación empírica, a través de la acumulación de informaciones estadísticas y de otro tipo, y también en el sentido del desarrollo autónomo de las técnicas de análisis, inclusive en el campo.

La segunda debilidad, específica de la economía enseñada en nuestros países, tiene su raíz en que las teorías usuales, en su generalidad, fueron formuladas para explicar el comportamiento de estructuras diferentes de la nuestra. Las diferencias entre las estructuras desarrolladas y subdesarrolladas parecen ser suficientemente grandes para retirar una parte sustancial de la eficacia explicativa de muchas de las teorías económicas de mayor aceptación. Ahora bien, como todavía no existe un cuerpo de teorías, o de variantes teóricas, elaboradas directamente para explicar el comportamiento de una economía subdesarrollada, semi-industrializada, con insuficiencia crónica de capacidad para importar, con excedente estructural de mano —de— obra en todas direcciones, como es la nuestra, no es de admirar que el estudiante de economía salga de su escuela y comience a enfrentar el mundo real con más dudas y perplejidades que cualquier otra cosa.

En lo que respecta a la escasez de teorías económicas de aplicación viable en las estructuras subdesarrolladas, considero que en la formación del economista se debe dar prioridad al dominio de las técnicas que capacitan para observar en forma sistemática la realidad económica. Saber observar metódicamente el mundo real, esto es, retirar de la realidad, con los medios disponibles, los elementos necesarios a la representación de la misma en términos económicos es más importante que un refinado conocimiento de los más sutiles modelos estadísticos. En segundo lugar, debido al carácter histórico de los fenómenos económicos, debemos tener en cuenta que la validez de una teoría es mucho más limitada, en economía, que en otras disciplinas científicas. En las ciencias poder explicar significa estar preparado para prever. En economía hay que explicar *diez* para poder prever *uno*, y lo que se logra prever es siempre lo más general, es decir aquello que es común a una multiplicidad de fenómenos y, por tanto, tiene un carácter histórico limitado. En otras palabras: aquello que es más científico de una determinada realidad es lo que puede ser previsto más difícilmente. En la medida en que lo económico se despoja de su contenido histórico y se aproxima más a un prototipo abstracto, puede ser previsto en mayor grado. Por ello, resultaría ingenuo atribuir excesiva importancia a esa previsión que se refiere a una realidad despojada de sus ingredientes más específicos.

El economista que posea una base metodológica sólida y una clara comprensión del método científico en general, tiende a ser casi necesariamente entre nosotros un heterodoxo. En poco tiempo, él aprenderá que los caminos trillados le son de poco valor. Después advertirá que la imaginación es un instrumento de trabajo poderoso y que debe ser cultivada. En poco tiempo perderá la reverencia ante lo que está establecido y compendiado. En la medida en que llegue a pensar por su propia cuenta, con independencia, recobrará la autoconfianza, perderá la perplejidad.